Fernando Ortiz y la polémica del panhispanismo y el panamericanismo en los albores del siglo XX en Cuba

MELY DEL ROSARIO GONZÁLEZ ARÓSTEGUI
Universidad Central de Las Villas (Cuba)

En los primeros veinte años de la República, ante situaciones totalmente adversas para el desarrollo de la nacionalidad cubana, muchos intelectuales mantuvieron una defensa sostenida de la identidad cultural, al enfrentarse abierta o sutilmente a la penetración extranjera en el país.

La permanente obsesión por acercarse a la comprensión de la cubanidad y la cubanía denotan una rebelión del espíritu nacional contra la dominación foránea, rebelión que se expresaba en la forma de enseñar en las escuelas, en el carácter de las publicaciones periódicas, en las distintas manifestaciones del arte y de la literatura y en las agudas polémicas que se desataron alrededor de los problemas nacionales. "En el momento en que el proyecto nacionalista martiano naufraga -plantea Francisco López Segrera- (…) la cultura que elaborarán los intelectuales será nacional, en tanto expresará -a través de los vehículos modernistas (poesía) realistas y naturalistas (novela)- una resistencia contra los valores foráneos que mantendrá en alto la cubanía"[1].

La intelectualidad en estos años se refirió al problema de la identidad cultural como una constante, reconociendo el peligro que entrañaba la destrucción de los elementos de la cubanidad ante la situación nueva que enfrentaba el país. "Nuestra causa -señala Mariano Aramburo en los albores del siglo- estaría irremediablemente perdida si torpes y mal aconsejados rompemos (...) la tradicional unidad de nuestra vida, con la supresión de todo cuanto nos caracteriza y distingue como grupo humano en el concierto de las sociedades, de aquello que nos hace ser cubanos y pueblo cubano..."[2].

En los marcos de esta labor estuvo la campaña realizada por un grupo de intelectuales entre los que se encontraba José Sixto de Sola, encaminada a enfrentar las violaciones de nuestras leyes por empresas extranjeras, sobre todo en lo relacionado con aquellos elementos propios de la identidad[3]. Ya entrada la primera década del siglo se mantuvo la crítica a todo intento de desterrar los elementos propios de la nacionalidad. Por eso, aunque en muchos momentos las críticas van dirigidas solo hacia lo fenoménico, como en el caso mencionado, hay implícita una condena general a algo que no aparecía en primer plano: el quebranto de la nacionalidad que a la herencia cultural sumaba la nueva dominación.

La lucha contra la injerencia y la anexión en los primeros años de la República había tenido su presencia en muchas de las polémicas surgidas al calor de las contradicciones propias de la situación neocolonial que tenía el país. Desalojada España del ámbito latinoamericano algunos intelectuales, avizorando nuevos peligros provenientes de apetitos imperiales, comienzan a potenciar la pertenencia a un tronco común, el de la latinidad e hispanidad, para

---

[1] Francisco López Segrera. *Sociología de la colonia y neocolonia cubana. 1510-1959*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, p. 116.

[2] Mariano Aramburo. "La nueva Nación" (Discurso pronunciado en Santa Clara, el 4 de enero de 1899), en: *Discursos patrióticos*, La Habana, Imprenta y Papelería El Arte, 1918, p. 17.

[3] "¿Por qué permitir que compañías de servicio público, en oficinas como las del Correo y Aduana usen un idioma extranjero para el público? ¿Por qué la compañía de Luz y de Tracción eléctrica de la capital se ha de llamar como se llama?¿Por qué en las estaciones de los ferrocarriles hay un letrero que dice "Boletines" y otro que dice "Tickets"? ¿acaso en Cuba hay dos idiomas?" (José Sixto de Sola. "Los extranjeros en Cuba", en: *Cuba Contemporánea*, nº 2, junio 1915, p. 127).

enfrentar las apetencias del capitalismo inglés o norteamericano, de modo que las afinidades con España en cuanto a "raza, lengua y religión" confirmaran una fuerte cultura que se opusiera a lo anglosajón. Por otra parte, la lucha por la identidad cultural después del 98 en Cuba se va a librar en un medio preñado de tensiones y contradicciones entre la secular tradición hispana y el espíritu, odiado y querido a la vez de EU, personificando la modernidad necesaria en un ambiente de desastre económico y político. Es por eso que la proyección de la intelectualidad cubana en la coyuntura de entre imperios nos obliga a reflexionar sobre las conexiones -a ratos conflictivas por momentos amorosas- que se establecen en torno a la Isla y su nuevo o antiguo tutor. "Allí donde el resultado de la hegemonía imperial fuese interpretado como desventajoso para la identidad, -reflexiona el historiador cubano Ricardo Quiza Moreno- será elaborado y enarbolado, un corpus de nociones que refuercen las diferencias, pro el contrario, cuando los términos del intercambio se visualizan como beneficiosos para el robustecimiento de lo nacional, abundarán las filiaciones"[4].

En el marco de este enfrentamiento se desarrolló la polémica conocida por la denominación de las posiciones encontradas: panhispanismo vs. panamericanismo. En ella se involucraron varios intelectuales cubanos con el interés de afianzar la identidad cultural ante el peligro de las influencias externas totalizadoras; pero sobre todo, con el propósito de detener, a través de esta lucha, la avalancha de intereses expansionistas que se proponían los círculos imperialistas alrededor de la isla. También guardó relación, por supuesto, con el rechazo a los intentos de preservar la dominación española por otras vías distintas de la política (económicas, culturales, etc.) en la República. La polémica hizo reflexionar a muchos intelectuales alrededor de dos interrogantes esenciales: *¿hasta dónde debemos asimilar el espíritu norteamericano? ¿hasta dónde debemos mantener la hispanidad?* Para ambas interrogantes hubo respuesta a través de la controversia de ideas que se desató en la segunda década republicana y que puso al pensamiento cubano en alerta frente a los numerosos peligros que aún la acechaban. Esta polémica proporcionó al movimiento intelectual cubano más claridad alrededor de cuestiones vinculadas a las diferencias y las influencias culturales entre Cuba, España y Estados Unidos, para poder penetrar con más conocimiento en el análisis de los límites que debían darse a estas relaciones en el ámbito económico, político y cultural.

Las posiciones en la polémica fueron diversas. Hubo intelectuales que participaron en esta controversia de ideas desde posiciones españolizantes, como Mariano Aramburo, que al repudiar la progresiva penetración de los Estados Unidos en Cuba, trataba de defender los valores de la España colonial, a los que evidentemente había quedado prendido. Debe diferenciarse entonces de las posiciones de Sanguily, cuya defensa de las raíces hispánicas es síntoma de identidad, o de las de Fernando Ortiz, que asume una hispanidad nueva, que nada tenía que ver con la España caduca y medieval,[5] y sí con el nuevo espíritu moderno defendido por numerosos intelectuales españoles.

Hay otros intelectuales cubanos que absolutizan la necesidad de negar los viejos valores que España aún exhibía, para llegar a una posición de rechazo absoluto de la vertiente hispana de nuestra identidad, como ocurre con Jesús Castellanos. La confusión propia del sector al cual pertenecía, en relación a los verdaderos propósitos de Estados Unidos en aquel momento, le lleva a asumir el panamericanismo a ultranza, aunque siempre previendo la posibilidad de un

[4] Ricardo Quiza Moreno. "Fernando Ortiz, los intelectuales y el dilema del nacionalismo en la República. (1902-1930)". En: *Temas*, 22-23, julio-diciembre del 2000, p. 47.

[5] Ver: Fernando Ortiz. *Entre cubanos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, p. X-XIII; además: Enrique Ubieta. *Ensayos de identidad*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1993, pp. 22 y 36.

expansionismo cultural por parte de este país. El ensayista cubano Enrique Ubieta comenta lo paradójico que resulta la fórmula de Castellanos ("panamericanismo y no panhispanismo"), si se tiene en cuenta que asumía el panamericanismo para poder "resistir" el empuje de "la ola del Norte"[6].

Una parte significativa de la intelectualidad cubana, sin embargo, tomó posición de distancia respecto de ambos extremos. Es representativa la postura de Carlos de Velazco, quien plantea que antes de "americanizar" o "deshispanizar" a Cuba había que "cubanizarla".[7] Llamamos la atención hacia el espíritu que movió a Carlos de Velazco a plantearse así este problema, coincidiendo con el criterio de Enrique Ubieta de que en modo alguno se trataba de orientar el desarrollo del país hacia un programa que mantuviera y conservara las instituciones coloniales tradicionales; se trataba del "espíritu cubano" propio de ese proyecto de nación que se había enfrentado al dominio español, proyecto revolucionario burgués que provenía del '68 y que se había frustrado por diversas razones[8].

Eduardo Abril Amores lleva esta posición al extremo de negarle sentido a ambas tendencias. Su fórmula aboga por un solo "ismo": "cubanismo", ni hispanismo ni americanismo. Sus esfuerzos por la defensa de la identidad cubana y su rechazo a todo tipo de injerencias le llevan a negar cualquier tipo de influencia española o norteamericana. Sería como "vivir prestado", decía[9]. Su campaña de "cubanización" estuvo carente de los matices que lograron imprimirle otros intelectuales como Fernando Ortiz o José Antonio Ramos. Está claro que la presencia norteamericana en Cuba era tan visible y privilegiada que también engendró hostilidad y resentimiento, lo que vino a influir sobre el nacionalismo cubano, con elevados tonos de creciente sentimiento antinorteamericano.

Eliseo Giberga es más ambivalente en su visión del problema. Al referirse al carácter de ambas corrientes delimita que el panamericanismo ha de ser un movimiento de tendencia política y el panhispanismo el "completamiento" del panamericanismo eliminándose cualquier peligro que esta última pudiera entrañar para el desarrollo orgánico de nuestras nacionalidades. Es que precisamente él fue capaz de considerar algunos de esos peligros, sobre todo en el sentido de que en el afán desmedido de apropiación de las ventajas que ocasionarían las relaciones con Estados Unidos se desintegraran el "espíritu" y el "organismo social" de los pueblos.

Giberga critica a todos aquellos que buscan la influencia totalizadora de la cultura yanqui en Cuba pero termina justificando el panamericanismo como medio de detener la expansión europea, y porque a pesar de todos los recelos que alrededor de esto pudiera haber, y dada su "fuerza moral", se estaba imponiendo una nueva realidad, la de un nuevo orden político, ajena a todo tipo de sentimientos y resquemores. La influencia norteamericana en Cuba había obligado a la élite a reconocer a ultranza todos los "beneficios" de esa relación en el terreno militar y en el área pedagógico-sanitaria. Nuestro atraso precisaba desembarazarse del lastre hispano y de la imitación del modelo cultural norteamericano, mucho más competente en comportamientos y saberes. El progreso había llegado a Cuba bajo la forma de lo norteamericano, y por demás,

[6] Ver: Enrique Ubieta. *Ensayos…*, p. 51.
[7] Ver: Carlos de Velazco. *Aspectos nacionales*, …, p. 7.
[8] Ver: Enrique Ubieta. *Ob. cit.*, p. 59.
[9] Ver: Eduardo Abril Amores. *El águila acecha*, Imprenta Diario de Cuba, Santiago de Cuba, 1922, p. 11.

ya por entonces la cultura norteamericana constituía el rasero con el cual se medía la Modernidad[10].

Ante los recelos de los países hispanoamericanos por el agresivo comportamiento de los EU ya manifiesto en múltiples ocasiones, llama a EU a desvanecer estos recelos con otra actitud, y a los países del área a comportarse con menos prejuicios: "Sea cual haya sido la política de EU, el problema que hay que resolver, y que no es un problema de sentimientos, es el siguiente: ¿conviene en la actualidad a las naciones hispanoamericanas la buena inteligencia y concordia con EU a que tiende el panamericanismo?" Con esto está olvidando el legado de Martí alrededor del análisis del panamericanismo desde su surgimiento en el siglo XIX.

Su llamado es a aprovechar las posibilidades que se abren con una relación más estrecha con EU, pero critica a quienes buscan la influencia de esta nación cada vez más poderosa sin cautela alguna, sin preocuparle para nada los peligros que se corren en el orden de la identidad cultural, o por el afán morboso de desacreditar y menospreciar todo lo español. Plantea: "…así como hay quienes son opuestos al panamericanismo, y en los temores que les infunde la influencia extranjera y para sustraerse de ella prefieren renunciar a sus beneficios, aún en daño del progreso de sus pueblos, también hay quienes atentos únicamente a determinados aspectos de la vida, con estrecho concepto de ésta y con inconsulto desdén de otros aspectos, son heraldos y valedores, más que del panamericanismo, de la influencia americana y burlan del panamericanismo, y en su puridad de verdad reniegan de sí mismos y de la civilización en cuyo seno han nacido."[11] Con motivo del Centenario de Cádiz, Giberga había pronunciado un discurso en la velada de Centro Asturiano el 4 de octubre de 1903, refiriéndose a la necesidad de preservar los valores nacionales: "¿Quién pensará en Cuba en resistir en adelante la influencia de EU? No seríamos hábiles si no aprovechásemos en nuestro beneficio los resultados que den sus esforzadas tentativas; pero seríamos insensatos si al aprovecharlos para mejorar y aún para transformar en mesurada evolución nuestra existencia social, sacrificásemos irreflexivamente cuanto nos es especial, cuanto nos da personalidad propia, cuanto es fundamento y condición de nuestro organismo nacional, y hace de nosotros un pueblo distinto, llamado a vida distinta y como distinta, independiente, pues si dejáramos de serlo, no tardaría la muerte en la que desaparecería nuestra personalidad"[12].

---

[10] Ver: "Tan cerca, tan lejos. Cuba y Estados Unidos. (1860-1960)" en: *Temas*, no.8, 1996, p.7 "La influencia norteamericana se expandió en Cuba casi desenfrenadamente. Y si bien resulta imposible evaluar su impacto de manera exacta, se debe asumir que fue importante y, en determinadas situaciones y circunstancias abarcadora. Los cubanos que querían un vida mejor para ellos y sus hijos encontraban pocas alternativas y sus opciones eran limitadas. En la medida en que se expandía el control norteamericano sobre los recursos naturales, la tecnología y la economía en su conjunto, se le hacía crecientemente difícil a cada vez más cubanos, encontrar alternativas para adaptarse a los norteamericanos. Esta era la realidad que prevalecía en la Cuba prerrevolucionaria, y los cubanos estaban obligados a aprovechar las ventajas y las oportunidades donde quiera que pudieran encontrarlas" (…) "En verdad, la expansión de la presencia norteamericana fue tan rápida y dilatada que resultaba casi abrumadora. Era sobre todo una presencia visible: clubes sociales, organizaciones cívicas y profesionales, periódicos y revistas, la interminable sucesión de turistas, diplomáticos, misioneros y marineros. En las primeras décadas del siglo XX los norteamericanos controlaban los principales sectores de la vida nacional, (…) Eran propietarios de una vasta proporción del territorio nacional. Operaban los mejores colegios y presidían los más prestigiosos clubes sociales. (…) Parecía que el futuro pertenecía a los norteamericanos, y ¿qué cubano iba a arriesgar que se le dejara en el pasado?"

[11] Ver: Eliseo Giberga. *El panamericanismo y el pan-hispanismo. Estudio político*, Imprenta y Papelería de Rambla, La Habana, 1916, pp. 4-21.

[12] Eliseo Giberga. *El Centenario de Cádiz y la intimidad ibero-americana. Discursos*. Discurso en la velada del Centro Asturiano el 4 de octubre de 1903, p.54. Habana, Imprenta de Rambla, Bouza y Cía., 1913.

Por eso es partidario de actuar con cautela (rasgo característico de su personalidad), porque reconoce la "rapiñería" de la política exterior yanqui desde los tiempos de Bolívar y las contradicciones que en su seno pudieran llevar al expansionismo sobre las tierras americanas, pero no quiere prescindir de los beneficios para el desarrollo de estos países que pudieran ocasionar "la buena inteligencia y concordia con Estados Unidos".

En un intento de explicar el sentido de las relaciones de los países de habla hispana Giberga explica su concepto de intimidad iberoamericana. "El concepto que tengo de la intimidad iberoamericana, es la de una relación de carácter espiritual y ajena a fines políticos entre los pueblos de nuestra raza... Podrá trascender de modo remoto e indirecto al orden político, porque a él alcanza siempre toda acción que penetre en el orden social (...), pero de ahí no habría de pasar su trascendencia"[13]. Giberga es del criterio ingenuo de que la influencia de un pueblo sobre otro no será una amenaza en el orden político si el pueblo que la recibe no se rinde ante ella y acierta a condicionar y "moderar" mediante una hábil política la influencia externa. Sólo que no llega a precisar los límites que habrá que poner a esta influencia, porque en su afán de evolución y progreso sólo acierta a considerar los factores que permiten lograr estos objetivos,[14] y a insistir en las ventajas que esa influencia pudiera ocasionar. Tampoco pudo percibir los fines claramente políticos e ideológicos del panamericanismo y el panhispanismo en toda su magnitud. En un artículo publicado en la Revista *Mercurio* de Barcelona, Giberga escribe: "La oposición entre el hispanismo y el angloamericanismo en Cuba es un problema local, un problema cubano de orientación espiritual, ajeno a toda relación política de Cuba con otras naciones, mientras que el panamericanismo y el panhispanismo se refieren a problemas generales, común el uno a toda la América en todas sus naciones y razas y de carácter y fines políticos, y relativo al otro a la América española, y de carácter y fines ajenos a todo intento de conexión política"[15].

La obra de Fernando Ortiz en este ámbito nos proporciona respuestas concretas a todas las aristas de la polémica. Siguiendo el espíritu de José Martí[16], fue Ortiz quien mejor articuló una respuesta cubana al panhispanismo, que abarcaba "la defensa y expansión de todos los intereses morales y materiales de España a los otros pueblos de lengua española, influencia intelectual y moral, conservación del idioma, proteccionismo aduanero, privilegios económicos, etc"[17]. Porque, tal y como plantea, "Esa cruzada española por la raza y el idioma es una conquista espiritual de América encubriendo una campaña de expansión mercantil, es una paradoja impotente aunque engañosa, es un mimetismo imperialista, es una utopía internacional, es un egoísmo idealizado, es la triste figura de Sancho con celada y con lanzón"[18].

---

[13] Eliseo Giberga. *El Centenario de Cádiz y la intimidad ibero-americana. Discursos*. Habana, Imprenta de Rambla, Bouza y Cía., 1913.

[14] Ver: Ídem, pp. 23, 55.

[15] Fernando Ortiz. "El hispanismo y el panamericanismo en Cuba" en: *El Centenario de Cádiz...*, ob. cit., p. 76.

[16] Martí supo deslindar entre la visión que sobre Cuba y sus luchas por la independencia tenía el pueblo español y los políticos, gobernantes o en oposición, confiaba en una recepción solidaria del pueblo español a sus denuncias y entendía que esclarecer estas posiciones a los intelectuales españoles podría contribuir a la búsqueda de aliados temporales entre los liberales más consecuentes y radicales. Hizo partícipe a los españoles del proyecto republicano descolonizador, en contraposición con los criterios de Labra y Altamira, que eran partidarios de las "colonias" de residentes estructuradas como avanzadas de intereses ajenos a un proyecto nacional. Ver: Ana Cairo. "Contra el Panhispanismo. De José Martí a Fernando Ortiz", ob. cit., 103.

[17] Fernando Ortiz. *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*. Librería de Paul Ollendorf, París, 1912, p. 7.

[18] Fernando Ortiz. "La paradoja", en *La reconquista...*" ob. cit., p. 104.

Sus obras *La reconquista de América* y *Entre cubanos* recogen la posición sabia y mesurada, y a la vez firme en medio de la polémica. Estos libros son exponentes de la defensa de la identidad cultural cubana. No supera sin embargo a Martí en su visión sobre el panamericanismo. Martí había sido uno de los primeros en América Latina en señalar la amenaza que existía para la independencia de los países latinoamericanos procedente de EU, y hace un llamado a unirse y rechazar sus planes expansionistas. La convocatoria de la Conferencia Panamericana bajo la égida de EU. fue considerada por Martí como una amenaza real para la soberanía de las naciones latinoamericanas. Sin embargo, como todos los intelectuales liberales de la época, Ortiz asume la necesidad de abrir puertas a EU en un intercambio económico que no tardaría en manifestarse como mecanismo imperialista de absorción.

Veamos primero su posición frente al panhispanismo. En el libro *La Reconquista de América*, que agrupa cuarenta y cinco trabajos de espíritu muy polémico, trabaja algunos de los conceptos que posteriormente le harán ubicarse entre los autores que más han aportado al problema de la identidad en Cuba, (raza, cubanía, cubanidad, transculturación), a pesar de no tenerlos aún completamente perfilados. Ortiz apunta hacia problemas candentes de la identidad cubana, sobre todo en lo concerniente a los procesos de conservación y asimilación de nuestra cultura. Una reconquista por parte de España era inadmisible, pero lejos de rechazar vínculos históricos, Ortiz concibe estos vínculos a la altura de las nuevas circunstancias y exigencias. En este libro de Fernando Ortiz subyace un rechazo al dominio cultural de España, y se manifiestan los debates que dieron lugar a una amplia polémica entre intelectuales cubanos y catedráticos de Oviedo y Valladolid: Rafael Altamira, Adolfo Posada y Vicente Gay, así como el poeta Salvador Rueda y el ex autonomista Rafael María de Labra[19].

Ortiz publica un artículo en *El Tiempo* en 1910 que posteriormente salió en el libro *La Reconquista de América*. Este artículo echó luz sobre la comprensión de la corriente panhispanista en Cuba y sobre sus principales heraldos. "Así vemos a Altamira y a Labra, por no salirnos de los principales americanistas españoles, luchando contra el presente atraso mental de España, pintado por ambos y especialmente por el primero con los más negros colores y promoviendo una corriente de opinión en pro de lo que sin peligro de impropiedad pudiera llamarse el "panhispanismo", así como a los pedagógicos consejos de Fichte se unieron sus arengas "pangermanistas", destinadas a contrarrestar la acción expansiva de las otras razas"[20].

Caracteriza el panhispanismo de la siguiente manera: "El panhispanismo, en este sentido significa la unión de todos los países de habla cervantina no sólo para lograr una íntima compenetración intelectual, sino para, también, conseguir una fuerte alianza económica, una espacie de "zollverein" (asociación), con toda la trascendencia política que ese estado de cosas produciría para los países unidos y en especial para España, que realizaría así su misión tutelar sobre los pueblos americanos de ella nacidos"[21].

Ortiz aclara que esas palabras no son suyas, sino de los catedráticos de Oviedo, informantes a un Congreso Hispanoamericano de 1900, explica como el panhispanismo abarca la defensa y expansión de todos los intereses morales y materiales de España en los otros pueblos de lengua española: influencia intelectual y moral, conservación del idioma,

[19] Rafael María de Labra fue precursor de la idea de la intimidad ibero-americana.
[20] Ver: "El panhispanismo". En: *La Reconquista de América. Reflexiones sobre el Panhispanismo.* Librería de Paul Ollendorf, París, p. 5.
[21] Ídem, p. 5.

proteccionismo aduanero, privilegios económicos, legislación obrera para sus emigrantes, etc. Pero enfatiza que aunque el panhispanismo sea fundamentalmente intelectual y económico no deja de ser un imperialismo. "Se trata, y bien claro lo dijo Rueda en su delirio poético, de crear la inmensa Hispania"[22].

La respuesta de Fernando Ortiz a Rafael Altamira, de la Universidad de Oviedo, es precisa al defender el derecho de Cuba a "huir" de la injerencia material y moral de la hegemonía española[23]. Rafael Altamira fue un historiador y profesor interesado en propiciar un diálogo entre especialistas de toda Hispanoamérica. Había fundado en 1895 la revista *Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas*. En el discurso de apertura del curso académico, titulado "El patriotismo y la Universidad", aboga por un establecimiento de relaciones intelectuales permanentes entre los centros de educación superior de España y América, publicando en 1900 un libro donde recoge parte de este discurso (*Cuestiones hispanoamericanas*), asumiendo este tipo de proselitismo en la revista *España* que editaba en Buenos Aires.

A pesar de que Altamira en su conferencia en la Universidad de La Habana pone cuidado en puntualizar que la campaña que se estaba llevando a efecto de regeneración y en pro de la influencia espiritual de España en América debía entenderse muy alejada de la idea de un desquite militar, Ortiz considera las diversas formas que podía asumir el imperialismo (entiéndase aquí que en estos años aún no se tenía una idea clara del imperialismo como fase del desarrollo de capitalismo y se le identificaba con un estadio similar a los imperios de la antigüedad) y observa el surgimiento de un nuevo sentimiento expansivo español, que sin poder soñar con expansiones militares se polarizaba hacia la afirmación o permanencia de la influencia hispana en el continente, o sea, hacia una "rehispanización tranquila" o un "neoimperialismo manso"[24]. Por eso asume como una responsabilidad de los intelectuales hispanoamericanos con otro espíritu más allegado al de la generación de intelectuales españoles posterior al 98, el hecho de no encogerse de hombros ante esta campaña de los politicastros españoles y analizar a profundidad la importancia finalidad y trascendencia del panhispanismo. "Sería suicida el olvido del problema -señala Ortiz- y estamos satisfechos de haber afrontado su examen en claro y sin rodeos, aún a trueque de acarrearnos la enemiga, no ya de la colonia española, cuyos intereses materiales y morales son los mismos nuestros, sino la de algunos directores de la misma, mal avenidos aquí como los politicastros de allá, con todo lo que signifique modernización, americanismo y cambio de horizontes" Y culmina diciendo: "Estúdiese el problema desapasionadamente en la pluralidad de sus fases, que especialmente en Cuba, tiene un gran significado para su civilización futura y la orientación de su actividad social. Examínense los aspectos complejos de esos tratos proteccionistas y de esos intercambios profesionales, y de la fuerza del idioma y hasta de la raza"[25]. Ortiz reconoce el valor de la defensa del idioma español, que era ya tan nuestro como de los españoles, nos proporcionaba la posibilidad de un vínculo cultural más profundo con España y el resto de los países de esa lengua, lo que podría promover la asociación en empresas de Literatura, etc, pero desprecia los alardes que en este sentido realiza el panhispanismo al reducir los límites de la fuerza de España en ese momento al problema de la comunidad de idioma, o a la fuerza de la

[22] Ídem.
[23] Ver: Ana Cairo. "Contra el hispanismo. De José Martí a Fernando Ortiz", en: *Temas*, nº 12-13, 1998, p. 100.
[24] Ver: Fernando Ortiz. "El panhispanismo", ob. cit.
[25] Ídem.

raza y la religión, en lugar de preocuparse por cuestiones más decisivas, como la industria, el comercio, la agricultura, el ejército, la escuela, la ciencia, la civilización[26].

En el discurso de Fernando Ortiz alrededor del problema del idioma en las relaciones hispanoamericanas hay un claro rechazo a los planteamientos de Rafael María de Labra en defensa ciega de todos los nuevos mecanismos de dominación sutil que se estaban gestando, olvidándose de que muchos de los cantos al idioma a la raza y hasta a la religión se realizan al ritmo de un "neoimperialismo manso", "porque se piensa que reconocida la unidad de estos pueblos con España, no ha de ser sobre bases igualitarias, sino sobre la base fatal, lógica e inexcusable de la hegemonía española, de la nación que unas veces llaman *madre* con misión tutelar, como dicen los catedráticos de Oviedo, y otras *hermana mayor* y *representante* de las demás, como dice Labra"[27].

Otra proyección del enfrentamiento de Fernando Ortiz a la corriente panhispanista fue su fundamentación de la deshispanización del clero y la enseñanza, porque observa el peligro que corría la República al poner a los niños en manos de curas españoles y franceses, enemigos de la libertad y la civilización moderna[28].

La obra de "reespañolización" de América promulgada por los panhispanistas podría ser una obra muy patriótica para España, pero nada útil para los pueblos que necesitan para salvarse de una fuerte integración de fuerzas. Pero Ortiz puntualiza que el espíritu cubano al proyectarse de esta manera está libre de todo sentimiento hispanófobo, y sí inspirado en "la más castiza hidalguía criolla que es orgullo cubano y que todos reconocemos deber a la buena gente de Castilla y en el convencimiento adquirido por nuestra experiencia de que así España como Cuba, como los pueblos todos de Iberoamérica, que toda la familia está bastante atrasada por defectuosidad troncal, debemos subir a los estratos de cultura contemporáneos con nuestro propio y constante esfuerzo."[29]

Luego del desastre del 98 Ortiz observa el surgimiento de una pléyade de "heraldos" de una joven España: Costa, Morote, Pardo Bazán, Altamira, Unamuno, Maeztu y muchos más, que se consagraron a desentrañar las causas de las dolencias de España y a buscar paliativos para ellas, diagnosticando la "atrofia del sentido de progreso" causado por el alejamiento secular de los focos de cultura. Pero a esto que Ortiz llama "ola de sana profilaxis y oxigenación" siguió una cruzada de la *vuelta a América* donde los desprecios y rencores se trocaron en un furor amoroso llevado hasta el ridículo. Dentro de esta campaña Ortiz destaca la buena intención de personalidades de mentalidad avisada como Labra y Altamira, que sin resistir la corriente panhispanista, no dejaron de propagar en la misma España la necesidad de progresar, de modernizar y hasta de recibir de la propia América "hálitos de vigor y democracia". "La tarea es noble para ellos: modernizar a España, darle todo el nivel de la cultura intensa que le falta, acercarla a Europa y a los Estados Unidos y al mismo tiempo fortalecer el sentimiento hispanista en Iberoamérica, hacer que en ésta perdure el espíritu de España y para ello alejarla de las otras influencias europeas y separarla de los EU"[30]. Rafael María de Labra se había ya referido a la inevitable intimidad iberoamericana., ocasionada por la

[26] Ver: "La fuerza del idioma" en: *La reconquista*... ob. cit., p. 48.
[27] Ídem.
[28] Ver: "La deshispanización del clero" en *La Reconquista*... ob. cit. p. 205.
[29] Ver: "La reespañolización de América"... en: *La reconquista*... ob. cit., p. 79.
[30] Fernando Ortiz. "La paradoja", en *La reconquista*... ob. cit., p. 104.

compenetración histórica de España y América, intimidad moral, intelectual y aún política fuera de fórmulas jurídicas y apariencias oficiales[31].

Es en el libro *Entre cubanos*[32] donde Ortiz esclarece todavía más las posiciones de los intelectuales cubanos alrededor de la hispanidad. Llega a un reconocimiento pleno de los elementos culturales que nos unen a España. No niega la presencia de la hispanidad en nuestra cultura, pero en su carta abierta a Don Miguel de Unamuno, delimita qué parte del espíritu español hacía falta resucitar y asumir. En esta carta dice: "Nos hace falta, como a vosotros, resucitar a Don Quijote, a nuestro ideal que anda a tajos y mandobles con la farándula (…) Nos hacen falta caballeros andantes que nos sacudan, que nos despierten de esa modorra tropical en que la victoria nos ha sumido y que nos conduzcan como caudillos de fe a la conquista de nuevos lauros, que los laureles mambises no deben servirnos de dormidera"[33]. La identificación con el Quijote demuestra una aspiración de incorporar a la sociedad los rasgos asignados comúnmente al hidalgo: perseverancia, voluntad de liderazgo y capacidad para afrontar las adversidades. A ello se agrega la correspondiente distinción de "caballero" así como su desdén por lo terrenal, gesto que Ortiz asocia con la posibilidad de superar el afán de lucro y el oportunismo que corroen la vida republicana[34]. "El rescate de la hidalguía -apunta Ricardo Quiza- constituye un recurso nemotécnico, que informa sobre el remoto origen de la identidad, sin herir las susceptibilidades surgidas del enfrentamiento hispano-americano. Al mismo tiempo el viaje a la semilla autoriza el reencuentro de los nacionales con el espíritu emprendedor de épocas pasadas dejándolos en condiciones de aceptar el reto de los americanos"[35].

Abre así una brecha diferenciadora entre el hispanismo que se asumía como parte de nuestra cultura y el panhispanismo como corriente ideológica que abarca la defensa y expansión de todos los intereses morales y materiales de España en los pueblos de habla hispana. El antinjerencismo de Ortiz se mueve aquí hacia la detención de esos nuevos sentimientos "expansivos" de España expresados a través del panhispanismo.

Asimismo, describe el "latinismo" como caso extremo, que lleva al mismo racismo que la más racista corriente española, abogando por aspirar a un ambiente de cultura mundial si queremos Patria fuerte". "Muchas veces -plantea- los hispanizantes, los que mantienen como norma salvadora del porvenir cubano, que suponen en grave trance, la acentuación de la influencia española, desvían, acaso sin darse cuenta, los términos del problema que de aquel modo ellos quieren ver resuelto, diciendo: Cuba debe ser latina, no puede ni debe olvidar su latina raza, y así queda casi, por un momento, olvidada la teoría de la hispanización y parece que surge otro racismo, el latino, para robustecer la corriente racista española."[36]

Ortiz descalifica el concepto de "raza ibérica" al valorar a España como "mosaico étnico", concepto que en su opinión fue adoptado para significar la comunidad espiritual que

---

[31] Rafael María de Labra. "El problema hispanoamericano" *Discursos*. Madrid, Imprenta de los hijos de M. G. Hernández, 1906, p. 36.

[32] *Entre cubanos* nos permite observar un momento importante de la evolución de sus ideas sobre la cubanía, sus preocupaciones sobre la Patria, la crítica a una República nacida bajo el signo deformado de la intervención. Critica el choteo desmedido que desvirtúa toda crítica coherente, aspecto que posteriormente sería tratado por Jorge Mañach en su *Indagación al choteo*. Ortiz no deja de señalar momentos negativos del ser nacional, como la irresponsabilidad y la incultura en un momento en que se requerían "las más altas virtudes", pero no se detiene en estas limitaciones a la hora de reconocer las potencialidades de la cubanidad.

[33] Ver: Fernando Ortiz. *Entre cubanos*, ed. cit., p. 5.

[34] Ricardo Quiza. "Fernando Ortiz..." ob. cit., p. 48.

[35] Ídem, p. 48.

[36] Ver: Fernando Ortiz. *La reconquista de América,* … p. 30.

une a los pueblos de habla hispana, cuando en realidad lo que produce esta vinculación y esta pertenencia troncal es una misma cultura aunque de variados matices. Ortiz defiende entonces que no se hable de raza, sino de cultura común. "La raza -dice- es concepto estático, la cultura lo es dinámico. La raza es un hecho. La cultura es además, una fuerza."[37] Por eso persiste en que se comprendan y se estimen a cabalidad las intimidades fraternas con España, como una necesidad republicana para la integración de todos los elementos constitutivos de la nación y el robustecimiento de la personalidad propia mediante la fuerza del idioma y su contenido de cultura que guarda tantas oportunidades[38]. Todas estas ideas se pusieron más tarde de manifiesto cuando en 1926 Fernando Ortiz funda la Institución Hispanocubana de Cultura, que no limitó sus a las relaciones bilaterales entre España y Cuba, pues las extendió al universo del ser humano sin prejuicios de nacionalidad, raza, religión, idioma, sexo, edad o credo político.[39] Siempre alineada a las causas progresistas y antirreaccionarias, la Institución puso de manifiesto su solidaridad con la República española (1930-1939) y su repudio al nazifascismo durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

Desde la otra vertiente del asunto (cómo entender y asumir el panamericanismo), Ortiz parte de un interés civilizatorio y de progreso que nos llevaría a aprovechar las ventajas de las relaciones con Estados Unidos. Siempre rechaza ese recurso de los ideólogos españoles de llamar a los cubanos "anexionistas" si abogaban por el establecimiento de las relaciones comerciales con los Estados Unidos[40]. Ante los derroteros que marcaban los acontecimientos, Ortiz recomienda aprovecharlos a favor de Cuba, sobre todo en el campo del desarrollo científico, educativo y cultural, siempre cuidando de una completa y total absorción. Es la misma postura propia de los textos antianexionistas del siglo XIX, que también caracteriza a otros contemporáneos suyos y que -tal como plantea la investigadora Ana Cairo- expresa la admiración hacia el modelo desarrollista norteamericano con el simultáneo rechazo a los "atropellos imperiales" con que se pisoteaba la nacionalidad cubana. Esta autora hace el siguiente comentario: "Entre 1916 y 1935, Ortiz recomendaría los juicios sobre Estados Unidos y sus responsabilidades en los problemas cubanos. Pero, en la primera década de este siglo creía que era posible descolonizar al país con celeridad y reinsertarse en una opción de avanzada en el desarrollismo encabezado por Estados Unidos. Pero suscribía la tesis de Saco: quería una Cuba cubana y no angloamericana"[41]. Su posición se adscribe a la línea de pensamiento imperante entonces en la Isla, que provenía del liberalismo democrático: admiración hacia el modelo desarrollista de EU. y rechazo a los atropellos propios de su política exterior.

Cuando el profesor Lanuza, de la Universidad de La Habana, dedica al profesor Altamira una conferencia de despedida, reflexiona alrededor de la importancia de su visita y del curso que debían tomar la fraternas relaciones con España, para detenerse más adelante en la influencia de EU. En Cuba, a la luz de las discusiones sobre el panamericanismo y el panhispanismo. Opina que esta influencia sería dañina y absurda si fuese excesiva, si no se mantuvieran los límites sociológicamente razonables. De esta forma nos serviríamos de la influencia de una grande y poderosa civilización moderna, para no dejar de ser "modernos" y

[37] Fernando Ortiz. "Ni racismos ni xenofobias" en: *Fernando Ortiz y España. A cien años del 98*. p. 186, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 1998.
[38] Ídem, p. 187.
[39] Ver: "Fernando Ortiz y la Hispanocubana de Cultura. Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 1996.
[40] Ver: Fernando Ortiz. "Desde Oviedo", en: *La Reconquista*... ob. cit., p. 112.
[41] Ver: Ana Cairo. "Contra el panhispanismo…", p. 105.

"americanos". "Esta influencia -había dicho Lanuza- no ha de dirigirse hacia una precipitada imitación simiesca de las instituciones jurídicas privadas de los vecinos, porque ello sería un desaguisado social"...

Utilizando la inspiración que le brindara Lanuza, Fernando Ortiz explica a Altamira los obstáculos de una campaña hispanizante en Cuba en las circunstancias en que se desenvolvía el país, y que no se circunscribían a la influencia del panamericanismo. "Pero si el panamericanismo que con más o menos clarividencia se siente en Cuba, traducido especialmente por la influencia de la civilización septentrional es granítico obstáculo a la campaña hispanizante, no es menos poderoso el no apagado eco del fragor que retumbara en la manigua virgen y el rescoldo del fuego que una vez encendieron, no la antorcha de la cultura, sino el pedernal y el eslabón de la pétrea dureza metropolitana y de la férrea cadena esclavista y la tea purificadora de la revolución"[42]. De aquí se desprendían los escollos fundamentales encontrados por Altamira, tal como le explica Lanuza en su conferencia de despedida y le enfatiza Ortiz en su artículo, pero asimismo le recalca que la idea de confraternidad hispanoamericana, si halla en Cuba obstáculos que acaso no halló en el resto de los países de América Latina, tiene en cambio la conveniencia especial de facilitar la comunión de afectos y el olvido de pasiones antagónicas.

Se despide el propio Ortiz de Altamira de la forma siguiente: "(…) y cuando habléis de Cuba a vuestros compañeros de la Cátedra y a nuestros hermanos de la *España nueva,* decidles en nombre de los Lanuza, de los Sanguily, de los Cabrera, de los Cancio, de los Castellanos, de los hijos todos de la también *nueva Cuba* que aún no ha muerto el nacionalismo cubano, que aún se agita el separatismo en los maniguales de la idea para libertar al alma cubana de las zarzas del coloniaje espiritual que la aprisiona (…) que si no queremos ver absorbida nuestra modesta personalidad por los norteamericanos tampoco queremos ser mental ni políticamente españoles, que como dijo Lanuza, queremos ser modernos y americanos, o como decimos todos, queremos ser cubanos."[43]

A diferencia de otros autores que solo veían las ventajas de nuestras relaciones con Estados Unidos, Ortiz logra establecer el límite para asumir las culturas foráneas en su totalidad, desechando su espíritu de dominación que podría penetrar precisamente a partir de relaciones de tipo económico. Por eso, en Ortiz encontraremos esbozada la idea de detener la penetración imperialista desde el punto de vista económico. Sin llegar a ser un antimperialista radical fue capaz de señalar la inutilidad de un enfrentamiento a la penetración yanqui solo a partir de posiciones jurídicas. "El imperialismo -dice- no es una cuestión de derecho (…) es una cuestión social. Querer evitar la absorción imperialista con declaraciones jurídicas, es como detener la marcha de la ciencia contemporánea con parábolas bíblicas"[44].

En esto consiste precisamente el mérito de Fernando Ortiz. Supo adentrarse en la polémica "panhispanismo-panamericanismo" estableciendo los límites de asimilación de las culturas foráneas, presentes en nuestra identidad cultural, pero desechando el carácter dominador tanto del panhispanismo como del panamericanismo y observando su arista de racismo cultural que desestimulaba uno de los objetivos del proyecto republicano cubano: el logro de la integración social de todos los cubanos y su vínculo con el mundo. Ortiz fue uno de los más representativos censores del panhispanismo, pero al mismo tiempo defensor de nuevas relaciones entre España y sus antiguas colonias, basadas en la hermandad y la

[42] Fernando Ortiz. "La despedida al señor Altamira" en *La reconquista..."* ob. cit., p. 97.
[43] Fernando Ortiz. *La reconquista de…*, p. 97.
[44] Fernando Ortiz. *Entre Cubanos*, p. 77.

fraternidad, en el reconocimiento de todas las raíces culturales, y por supuesto en aquellas tradiciones españolas asumidas por los cubanos en enriquecedores procesos de identidad cultural. Con su idea del rescate del Quijote para lograr la altura necesaria de las jóvenes repúblicas latinoamericanas, Ortiz hace valer los versos del poeta nicaragüense Rubén Darío:

Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
Mientras la onda cordial aliente un sueño,
mientras haya una pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España.